



## CAPÍTULO IX

### EL JUEGO, LOS MUNDOS Y EL DESTINO

La invención del *kindergarten* es una conquista decisiva. El párvulo necesita jugar, y el juego ha de ser su iniciación en la vida. El niño piensa con la fantasía, y en el juego halla los medios de usarla. Los métodos del jardín de niños sistematizan el afán infantil y le amplían la variedad y el alcance. Es indudable que en el campo, y con las ventajas de la fortuna, el parvulito no necesita de la iniciación campestre que es el jardín de niños. Pero, dentro de la vida mezquina usual de las ciudades, las horas de diversión escolar son un alivio para la infancia. Aun a campo abierto, la influencia del educador estilo *kindergarten* es eficaz, porque el niño necesita que se le enseñe aun a jugar. Los juegos infantiles de los pueblos civilizados producen alegrías fecundas que desconoce el niño salvaje. Se mantiene éste triste porque su imaginación carece del auxilio de la experiencia jocosa acumulada en la cultura. En cambio, el niño civilizado encuentra en el ambiente familiar y escolar estímulos de diversión que le siguen hasta en las horas de su soledad.

La convicción de que el niño debe jugar corresponde a su realidad psicológica. «El mundo del niño es diferente del mundo del hombre», nos afirman los psicólogos. Las imágenes y las ideas crean una suerte de caparazón invisible que nos sigue por donde vamos. Además, el modo de combinar imágenes e ideas es diferente en el niño y en el hombre. Lo que el niño ve homogéneo, el

hombre lo disocia. Nuestra sensibilidad condiciona nuestra visión cósmica. «La mente adulta funciona analíticamente.» Cabe aquí una reflexión. ¿Acaso no hay un período de retorno a la síntesis en que el hombre recobra el sentido monista del niño, pero ya no por confusión, sino por sabiduría que restaura la pluralidad en la unidad? Como quiera que sea, es un hecho que no podemos saber lo que será el mundo para unos ojos que abarquen mayor número de colores que los que a nosotros nos da el espectro. Y apenas sospechamos lo que será el mundo para la conciencia animal, para la sensibilidad del molusco. En su *Psicología de la edad juvenil*, Spranger pone a disposición de la pedagogía todas estas verdades de la experiencia científica moderna, que en resumen ya estaban contenidas en el apotegma que dice: «Cada cabeza es un mundo.» No hay que exagerar, por lo mismo, las consecuencias de la experiencia psicológica moderna. Las revoluciones pedagógicas se harán ineficaces si se suceden a menudo, lo mismo que cualquiera otra revolución.

Siempre será menester recordar la profunda diferencia que existe entre el *caparazón psicológico* de los animales y el de los hombres; el primero es incomunicable, el de los hombres resulta intercambiable. Siempre podemos asomarnos a nuestros mundos recíprocos, y la mayoría de las disciplinas de la cultura, las artes, por ejemplo, tienen por objeto la ciencia de la expresión que en definitiva conduce a establecer simpatías, diferencias y comunidades entre los mundos sensibles que, como otras tantas envolturas indestructibles, retienen las almas. Además, no son fijos nuestros mundos mentales; se transforman con el desarrollo, se contagian del dinamismo de sus similares, se ensanchan en los conceptos más altos de la humanidad. A tal punto que cada uno, aun sin quererlo, trabaja para todos cada vez que enriquece la cosmovisión asequible al propio temperamento.

Quiéralo o no, el educador, el artista, el filósofo, todo el que conviene con un semejante, invade su intimidad y trata de acomodarla al ritmo de la propia inquietud; se enriquece así el dinamismo individual con la aquiescencia fraterna y ambas se ensanchan en el océano de la sensibilidad. La conciencia es como el aire:

translúcido, cruzado por un torrente. Lo que importa es el acarreo de substancia móvil, de sedimento fecundo, el aluvión que nos empuja a renovarla más allá. Los animales no conocen este romper de la visión propia para acomodarla a la visión cósmica. Romper el cascarón, suele decirse. Rompemos todo nuestro mundillo ideológico, nuestra particularidad, ingresando al vivir en grande, que engendra cumbres y oleajes y en cada uno puede improvisar maravillas. El secreto del alma es que puede saltar a través de las atmósferas espirituales, a diferencia del cuerpo, que no pasa jamás de su forma de ázoe-oxígeno, incapaz de establecerse en la estratósfera de la biología. En cambio, la conciencia, a través de los más diversos conceptos e intuiciones, no sólo pervive, sino que también engendra estructuras y ambiciones. No encerrarnos exclusivamente en lo nuestro, sino explorar y meditar los mundos elaborados por nuestros prójimos, ha sido siempre ejercicio de sabiduría. Las diferencias por temperamento y por edad son obvias. Lo que importa es hacer prevalecer las visiones más acertadas y tan pronto como sea posible, porque suele ir en ello la urgencia de un destino. No temáis, por lo tanto, obligar al niño a que se asome al hombre. Bastante lo desea ya de por sí el alma anhelosa de la infancia.

Salvarnos de vericuetos ingresándonos a las grandes avenidas de la cultura; eso es también educar. De todas maneras, la función educadora se cumple, tal como ya hemos apuntado, suministrando conocimiento del exterior por comunicación y demostración, si se trata de verdades formales y prácticas; por persuasión, cuando se inclina el albedrío a seguir derroteros ya explorados, y por comunión, cuando en estética se procura convivir con esencias. A la necesidad de alcanzar tales propósitos se subordinarán las edades: infancia, madurez y senectud. Cada una de estas etapas de desarrollo dista de ser un fin en sí. Al contrario, todas aspiran al mismo fin de comprensión y dicha plenas. Ya el niño lo sospecha. Y cuando se dice que el niño ha de ser niño y vivir en presente, se enuncia un postulado que, puesto rigurosamente en vigor, conduciría al manicomio o a la sección de los bobos que no aprendieron a ser hombres. Conviene, pues, no sofocar en el niño el

germen del hombre, pese a las pedagogías niñescas. Para acercarse a lo importante en la sabiduría, conviene apresurar el ingreso del niño en el hombre. Nunca llegan demasiado pronto las palabras de la salvación. Y, al fin y al cabo, lo que es esencia del alma infantil, el arrobo y el pasmo que la vida produce, no se pierde del todo y necesariamente en el hombre. Al contrario, en las más avanzadas etapas del viaje del mundo vuelve a ser necesario acudir a la ingenua visión de la infancia. «Sed como niños», dicen las palabras de la eterna sabiduría. Como niños para la comunión con el misterio divino. Como hombres, lo más pronto posible, para la inteligencia del destino que nos aguarda en el mundo. Eduquemos al niño como niño para las niñerías; como hombre para la ciencia. Eduquemos al hombre como hombre para el saber; como niño para el sentimiento, el ensueño y la revelación.

El niño ha de ser niño en el juego. El maestro mismo se hará como niño si le toca participar en los juegos. Durante todo el recreo será rey de la escuela el infante. Pero al empezar la clase de matemáticas cesa el juego, los ojos se abren y el niño comienza a ser hombre. El maestro reina entonces soberano en el aula. Y así como antes en el juego el maestro imitaba al niño, ahora, en la cátedra el niño tendrá que imitar al maestro. A cada asunto su técnica, y a cada manera del espíritu el modo que le es peculiar.

Ninguna edad es fin de la vida, cada una es su accidente. Así, el educador que traduce una filosofía cabal de la vida deberá sacrificar incidencias y atender al propósito de cada vida humana, que es realizar un destino.

Se dispersa el acierto, se torna confusa la meta, cuando se habla a lo Scheler de realizar el hombre-todo, versión repintada del armonismo krausista. Yo también me perdí un momento por ese sendero cuando hablo del hombre total en mi *Indología*, ya tan sobrepasada. El propósito del hombre no es desplegar todas sus potencias como bola de humo destinada a expandirse y perderse en el aire. Nuestro dinamismo no es el del explosivo destinado a reintegrarse en la masa homogénea del cosmos. Lo que nos caracteriza es un proceso de ascensión continua por selección de oportunidades y por reorientación de impulsos. No so-

mos mecánica que va a la deriva, sino acción incrementativa que se abre paso hacia lo absoluto. La conciencia está en Plotino, y no en Newton ni en Einstein. Un proceso de creciente totalización en lo extenso y de singularización en lo íntimo nos adapta al ritmo divino. Se desenvuelve a través del devenir combinado de las cosas y el alma; lo que los antiguos llamaron fatalidad y lo que el cristiano ve como un combate. El destino es una construcción ordenada a través de vicisitudes, orientada al revés del dinamismo cósmico, para superarlo y vencerlo.

El destino supera a la biología. Las especies zoológicas no tienen destino. Comienza éste con el hombre y se dirige no a retrogradar hacia el Todo abstracto o físico, sino a reconstruir inclusive lo físico adaptándolo moralmente al ritmo del albedrío y estéticamente a la belleza. Aspirar a un Todo indistinto sería revertir al panteísmo. Pero cada conciencia es un átomo de la hipóstasis substantiva, que es el espíritu. En la conciencia se inicia un proceso que ya no decae hacia el Todo, sino que lo reabsorbe y reorganiza para la indestructibilidad del Espíritu.

Al átomo, fuerza pasiva de dispersión, hay que oponer el destino, fuerza reconstructiva de perennidad organizada. Lo que impone un proceso *sui generis* emotivo y estético.

Superar la biología y entrar a lo humano es un paso que damos con los sentidos del cuerpo. Vivir un destino que supera lo humano y se establece en un mundo incorruptible es también evidencia de acto. Y, por lo mismo que supera todas las demás experiencias, debe ser tenida en cuenta por el educador que transmite o que fomenta saber.

En cada una de las etapas de nuestro vivir –infancia, adolescencia, ancianidad–, el destino conserva supremacía. Su ocasión es lo más precioso del universo, por encima de los mundos circundantes del psicólogo. El desarrollo mismo de la fisiología podrá violentarse si al hacerlo se apresura la eclosión y despojo del alma actuante.

El tránsito natural del niño es hacia el hombre, y esto no requiere ser apresurado; pero hay en el niño y en el hombre ímpetus y virtualidades que superan toda consideración de edad y de

salud, como, por ejemplo, el deber o el placer del sacrificio en la guerra o en la paz. Si la ocasión llama, a ningún pedagogo le disgusta que el niño cumpla una hazaña noble, así perezca en ella. Y ante cualquier servicio excelso, el educador y la sociedad sienten que no perdió gran cosa el niño que no llegó a ser hombre porque la muerte le ungió para hacerlo de golpe un héroe.

Resulta, pues, inconcluso que el educador ha de tener en cuenta las distintas categorías de la acción para respetarlas y aun para apresurar su cumplimiento. Nadie culpa a Felipe la Macedonia porque trepaba en caballo de guerra al infante Alejandro. Y a nadie parece impropio que Jesús, niño, comentase la Ley con los doctores. Nunca es demasiado temprano si se logra llevar al educando al cumplimiento de la más alta posibilidad que le reserva la vida.

No debe haber ninguna prisa de que el niño se convierta en hombre; pero sí le urge al niño y al hombre conocer las potencialidades más importantes y más altas de su propia naturaleza. Aparte la fisiología de cada edad y su misión social, hay en el niño, el hombre y el viejo la convicción latente de que podría conquistarse una suerte egregia. Llevar así la conciencia, más bien que a plenitud, a superación, es entonces deber común de la sabiduría y de la pedagogía. Tratemos al niño como niño en el juego; pero no olvidemos que hay en su intimidad un alma urgida de asomarse a los ámbitos del mundo. Desde la infancia existe la sed del conocimiento absoluto. Si el maestro ya no la siente, es porque se ha hecho menos que el niño; cuide entonces de no estorbar el advenimiento precioso que se opera en su alumno. En cada niño hay algo más que un adolescente próximo y un viejo a plazo; hay en cada uno la promesa de un alma capaz de un destino.